LACTANCIO

SOBRE LA MUERTE DE LOS PERSEGUIDORES

Introducción, traducción y notas por
D. Casimiro Sánchez Aliseda

Serie
Los Santos Padres
N.º 9

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

INTRODUCCION

EL AUTOR Y SU OBRA

LUCIO CECILIO FIRMIANO LACTANCIO.–*Pocas noticias nos han quedado de su vida, pero por varios indicios podemos colegir que transcurrió entre los años 250 al 340, tocándole vivir los tiempos duros de la persecución de Dioclesiano y el triunfo de la paz cristiana causado por el Edicto de Milán.*

Sabemos que nació en Africa, tal vez en Numidia, y podemos clasificarle entre aquellos escritores africanos, como Tertuliano, San Cipriano, Arnobio y Conmodiano, que hacían decir a San Agustín, lleno de orgullo provinciano: Duae urbes litterarum latinarum artifices, Roma et Cartago, *haciendo a ésta cuna del latín cristiano, como Roma lo había sido del pagano.*

En Cirta siguió Lactancio las lecciones de Arnobio y bajo su dirección estudió la retórica, si bien su estilo difiere notablemente del de su maestro. En Africa primero y en Nicomedia después, a donde fue llamado por el emperador Diocleciano, dio clases de elocuencia. En esta fase de su vida conviene colocar su conversión, que debió ocurrir hacia el año 300. No sabemos si ésta fue término lógico de un proceso evolutivo ya de largo tiempo incubado o surgió como reacción al espectáculo sangriento de la gran persecución.

No debió prosperar Lactancio como maestro de retórica en Nicomedia, ya porque su reputación como orador y escritor no bastaran a procurarle un auditorio numeroso, ya por el ambiente helénico de la ciudad, poco propicio a la cultura latina, ya también por la sistemática oposición, no siempre mantenida dentro de los

términos de la dignidad, de los rétores griegos Hierocles y Porfirio. El caso es que su situación económica debía ser harto precaria después de tantos años y bendeciría al cielo cuando Constantino le llamó a Tráveris para encargarle de la educación de su hijo Crispo, lo cual ocurriría en 317. Ya no debió salir de la corte, pero se ignora el año y el lugar de su muerte, si bien San Jerónimo nos dice que ésta ocurrió in extrema senectute.

EL ESCRITOR.–*Lactancio escribió mucho, pero no olvidemos que su fama y el interés que puede producirnos su obra se debe a su actividad como escritor cristiano, puesto que sus composiciones anteriores a la conversión, sobre gramática o retórica, a nadie preocuparían. San Jerónimo, en su libro sobre los varones ilustres (80), nos ha conservado una lista bastante larga de obras de Lactancio, actualmente perdidas. Muchas de ellas eran demasiado largas y tediosas, al decir del Papa Dámaso. Las posteriores a su conversión son las que reseñaremos. En ellas se revela una progresiva evolución, que de un cristianismo vago desemboca en una fe clara y ortodoxa. Son las siguientes:*

De opificio Dei vel formatione hominis, *liber, unus.*

Institutionum divinarum adversus gentes, *libri septem.*

De ira Dei, *liber unus.*

De mortibus persecutorum, *o también,* De persecutione, *liber unus.*

De ave Phoenice, *poema atribuido a Lactancio, aunque no debe ser suyo.*

En el orden presentado debieron ser escritas las anteriores obras, aunque no tenemos elementos para señalar una cronología precisa.

ANALISIS DE SUS OBRAS.–*El primer escrito cristiano de Lactancio fue indudablemente el* De opificio Dei *(302-305), en que refuta a los Epicúreos, demasiado aferrados a ver en el hombre una criatura indigna de Dios; por lo demás, si alguna cosa falta al hombre, la razón suple* (quae desunt ratio rependit); *y también los órganos del cuerpo corresponden perfectamente a las funciones que deben desarrollar, y el alma espiritual es, desde luego, obra únicamente de dios.*

La obra maestra de Lactancio se encuentra en sus Divinae Institutiones, *que es a la vez una apología del cristianismo y una Introducción a la doctrina fundamental del mismo. En ella se*

propone presentar la religión cristiana como una filosofía, íntimamente persuadido de que era necesario convertir las clases cultas y dirigentes para hacer posible la victoria de la fe mediante el triunfo de la cultura cristiana. Leyendo las Instituciones *parécenos contemplar al rétor de Nicomedia, en espera del edicto de Milán, durante los ocios forzosos a que estaba reducido, por causa del ambiente persecutorio y rigorista. Y lo que sorprende en este africano es la base estrictamente romana y clásica sobre la que levanta su argumentación, para presentar el cristianismo como una verdadera y única filosofía: la idea de la justicia. Sabe conciliar el cristianismo con el clasicismo, demostrando hasta qué punto era sencillo y corto el tránsito de los mejores pensadores paganos a la nueva doctrina, siendo puente de unión la idea de la justicia, sostenida y aireada durante siglos por Roma. Sobre esta justicia funda la solución de los problemas morales y religiosos. Dios es padre y todos los hombres somos hermanos. Esto no puede realizarse con el politeísmo.*

Lactancio debió escribir su obra entre los años 307 al 311. De los siete libros que consta los tres primeros son una especie de propedéutica: I. No existe más que un Dios, y el politeísmo es absurdo. II. Es necesaria la religión, mas los cultos paganos no son el verdadero culto debido a Dios. III. La filosofía no puede suplir a la religión que el hombre necesita. ¿Dónde encontrará éste la verdadera? En el cristianismo, cuya verdad pone de relieve en el libro IV (dogmas que hay que creer: Dios, Cristo, los milagros, la Encarnación, las herejías, la Iglesia), y cuya moral, disciplina y enseñanzas sobre el fin del mundo, y la vida futura expone en los libros V-VII.

JUICIO SOBRE LACTANCIO.—*Desde el punto de vista moral, Lactancio —dice Tixeront (1)— es un temperamento tranquilo, equilibrado, amigo de la paz, y cristiano sincero que cumple sin estrépito con sus deberes. Desde el punto de vista intelectual, es el tipo acabado del retórico y del hombre de escuela. Escribir bien, para él, no es expresar de una manera original y propia las ideas personales, consiste en imitar los grandes modelos de la antigüedad latina, especialmente Cicerón, introduciendo por doquiera en sus frases el orden, el equilibrio y la armonía. Es un verdadero clásico. Compone con claridad, y su lenguaje es tan puro cuanto la materia y la época se lo permiten; pero es forzosamente frío y acompasado. Los*

humanistas le apreciaron mucho, denominándole el Cicerón cristiano, al cual se parece bastante en la misma blandura del carácter.

En cuanto a su teología es muy mediana. San Jerónimo dice de él: Lactantius quasi quidam fluvius eloquentiae Tullianae, utinam tam nostra confirmare potuisset quam facile aliena destruxit! *(ep. 58, 10). Fue un crítico excelente de las teorías filosóficas paganas, pero como apologista es flojo, y respecto de los dogmas sólo el de la Providencia es el único que con perseverancia se esfuerza en esclarecer. Mas digamos al momento, que no es justo someter a un juicio demasiado severo a Lactancio, teniendo en cuenta que se trata de un nuevo convertido, más profundo conocedor de la ciencia que ha abjurado que de la doctrina por él abrazada, todavía no suficientemente elaborada antes de los concilios y de las controversias teológicas del siglo IV.*

EL "DE MORTIBUS PERSECUTORUM"

AUTENTICIDAD.–*La historia de esta obra de Lactancio es muy curiosa. Después de la escueta afirmación de San Jerónimo* habemus eius De Persecutione librum unum, *todos los escritores posteriores guardan silencio por siglos del libro lactanciano, a pesar de citarse y conocerse las otras obras del mismo autor. Hasta el año 1679 no fue dado a luz por el humanista Estéfano Baluzio, que utilizó para ello un manuscrito del siglo XI, bastante mal copiado y probablemente de procedencia española (2). El P. Nicolás Le Nourry, monje de la Congregación de los Maurinos, nos cuenta en el prólogo de su edición del* De mortibus *(3), que dicho manuscrito llevaba varios siglos luchando con los gorgojos y las polillas hasta que el ilustre J. B. Colbert mandó reunir en su biblioteca todos los códices que pudieran hallarse. Por orden suya, D. Foucault recorrió todas las bibliotecas de Aquitania y en el mes de abril de 1678 estuvo en la abadía de Moissac, antiguo monasterio de la Orden de San Benito, que había llegado a albergar hasta mil monjes y que desde el siglo XVIII estaba en poder de los canónigos seculares. Allí fue recibido el preclaro comisario con los honores debidos a su rango y le mostraron un lugar, expuesto a la intemperie, donde se apilaban montones de manuscritos, malamente estropeados por la humedad. Escogió hasta doscientos cincuenta, de entre los más*

antiguos y mejor conservados, alabando sobre todos el de Lactancio. Con permiso de los canónigos llevó a París los códices, que fueron diligentemente guardados en la biblioteca Colbertina. De aquí tomó el ejemplar Baluzio para hacer su edición.

El códice que perteneció primero a la abadía de Moussac (departamento Tarne et Garonne), luego a la biblioteca de Colbert con el núm. 1.297, y actualmente a la biblioteca nacional de París, tiene el núm. 2.627 de los misceláneos y es de muy difícil lectura por tener varias páginas en estado lamentable. Además debió ser copiado por un amanuense poco perito, y errores y lagunas se notan con frecuencia.

El manuscrito sólo tiene este título: Lucii Caecilii incipit liber. *La falta del cognomen del escritor dio bien pronto origen a discusiones entre los sabios, no faltando quienes negasen la paternidad del opúsculo al autor de las* Institutiones *(4).*

El confesor Donato, al cual está dedicado el libro, es el mismo del De ira Dei; *las circunstancias de vida y ambiente son las mismas del autor de las* Institutiones. *El estilo es algo diverso por ser más vivo y conciso, pero ello se explica por el momento histórico en que apareció el* De mortibus: *es la explosión de alegría en la hora de la victoria del cristianismo, y después de la calma serena del escritor que había ido reprimiendo su entusiasmo ante la esperanza segura del triunfo de los oprimidos, brota de pronto en feliz ayuntamiento de materia y forma, colocándose entre los escritores de tradición africana.*

La mejor demostración de la paternidad lactanciana del De mortibus *está en el examen interno de la obra y en su comparación con las otras del mismo autor. El* De mortibus *desarrolla y completa la teoría esbozada en el* De ira *y en las* Institutiones *sobre la bondad divina, que siempre, por justicia, se hace acompañar del rigor entre aquellos que están fuera o persiguen al cristianismo.*

La introducción del De mortibus *está plagada de conceptos y expresiones de Lactancio: la existencia de un Dios único en contraposición con el politeísmo pagano, la Iglesia cristiana y la comunidad de los fieles considerados como templos de Dios; el pueblo cristiano, llamado pueblo justo por excelencia, las citas de las Sibilas, etcétera.*

VALOR HISTÓRICO Y LITERARIO.—*Lactancio nos ofrece en el* De mortibus *un primer ensayo cristiano de filosofía de la historia, co-*

mo se podía escribir en la época de Constantino. Las Actas de los mártires *habían ofrecido a la historia la sangre que fecundaba la nueva fe; las* Apologías *habían invocado ante las autoridades públicas el derecho a la vida del cristiano; las* Institutiones *pretendían convencer a las clases intelectuales. A la hora del triunfo el cristianismo podía volver la vista atrás y hacer recuento de los hechos pasados y demostrar la providencia de Dios con su Iglesia. Junto con Lactancio no olvidemos en este aspecto a Eusebio de Cesarea.*

Desde el punto de vista literario, el De mortibus *es una obra muy interesante, viva, penetrante, con algunas páginas plenas de calor y frescura, que superan en mucho a otros escritos del mismo Lactancio.*

¿Y respecto de la historia? Debemos afirmar que se trata de un documento precioso también para la historia de la época de Diocleciano, lo cual no quiere decir que todas las apreciaciones de su autor pueden ser suscritas sin más, o que el criterio histórico de Lactancio coincida con la actual manera de escribir la historia. Un libro con tesis no puede ser solamente historia, desde el momento en que presenta los hechos y las personas unilateralmente y con un esquema preconcebido. Desde luego, la trama general de los hechos narrados por él se puede retener como exacta: el encuadramiento no interesa tanto al historiador como al filósofo. Es lógico que hallemos discrepancias con otras fuentes contemporáneas (Eusebio especialmente y casi exclusivamente); mas la razón estriba en la imposibilidad, aun para un narrador escrupuloso, de hallar la última causa de muchos hechos por su carácter reservado o también por tratarse de opiniones o interpretaciones demasiado personales. Ejemplo típico puede ser la explicación de los motivos que indujeron a Diocleciano a abdicar.

Ningún historiador podrá pasar por alto a Lactancio, pero es una fuente que convendrá usar con cautela. El emperador Decio será para él únicamente un execrabile animal; *y Marco Aurelio, por otra parte buen soberano, ha perseguido también a los cristianos. Contra Diocleciano empleará siempre el desprecio sistemático, fruto tal vez de sus años grises de Nicomedia, mientras reservará para Constantino la alabanza incondicional.*

Después de los primeros y rápidos capítulos de introducción, demasiado comprimidos en vista del argumento y del título general

del libro, Lactancio pasa inmediatamente a narrar la época de la tetrarquía, a la cual dedica casi todas las páginas. Todo un importante capítulo de historia religiosa y profana revive bajo la pluma vibrante de Lactancio, que saca de sus recuerdos medio siglo de vida romana, sólo muy superficialmente tocados por sus tesis de escritor apologista. Por lo cual nos ha parecido conveniente añadir, a manera de apéndices, trozos de las historias de Eusebio de Cesarea y de Eutropio, escritores, por su formación antagónicos, que le sirvan al lector para contrastar las afirmaciones de Lactancio.

BIBLIOGRAFIA.—*Después de la edición príncipe de* Esteban Baluzio, *en París el año 1679, han salido varias, ya separadas, ya juntamente, con las demás obras de Lactancio. La mejor edición de las obras completas, por no hablar de* Migne, *es la de* S. Brandt-G. Laubmann *en el CSEL, de Viena, 1890-97. Entre las ediciones antiguas del* De mortibus, *comentadas con más abundancia que rigor científico, merecen citarse:* F. Eduardus a S. Xaverio, Romae, *1759, y I.* B. Le Brun, París, *1748. Para nuestra traducción hemos usado el texto de la edición crítica de* I. Pesenti, *del* Corpus Paravianum (Turín, 1934), *que es la más moderna que se conoce. Asimismo hemos utilizado el comentario de* L. de Regibus, Turín, 1937, *que se distingue por la claridad y precisión. Para más amplia información bibliográfica, recúrrase a Pesenti y de Regibus, o también a* B. Altaner, Patrología, *Madrid-Barcelona, 1944, páginas 121-124.*

NOTAS

(1) J. TIXERONT, *Curso de Patología,* Barcelona, 1927, pág. 162.
(2) I. PESENTI, *De Mortibus...* Turín, 1934, Praefatio, XI.
(3) París, 1710, pág. 1.155.
(4) S. BRANT en *Berliner Philol., Wochenschrift,* 49 (1903), col. 1.257.

SOBRE LA MUERTE DE LOS PERSEGUIDORES

I

Argumento y tesis general del libro: una vez pasada la tormenta de la persecución contra la Iglesia, resulta aleccionador recordar la justicia de Dios contra los malvados, enemigos de su nombre.

Escuchó el Señor tus oraciones, Donato carísimo (1), las cuales solías hacer en su presencia a cada momento (2) cuando estabas encarcelado, y asimismo oyó el Señor las de los otros hermanos nuestros que por medio de gloriosa confesión (3) consiguieron para sí la corona, como premio de su fe. Ahora ya, aniquilados todos los adversarios, restablecida la paz por toda la tierra, la hasta hace poco perseguida Iglesia, de nuevo se levanta, y con mayor honra es edificado, por la misericordia del Señor, el templo de Dios (4), que por los impíos había sido destruido. Pues ha suscitado el Señor unos príncipes (5) que han dado al traste con los criminales y sangrientos gobiernos de los tiranos y miran por el bien de la humanidad hasta el punto de que, como si hubieran barrido los nubarrones de tan calamitosos tiempos, la paz, risueña y serena, colma de júbilo todos los corazones. Ahora, después de la tolvanera de la negra tempestad, alumbra el aire sereno y la deseada luz; ahora, aplacado Dios con las plegarias de sus siervos, ha levantado con su auxilio celestial a los postrados y afligidos; ahora es cuando ha enjugado las lágrimas de los atribulados al poner fin a la confabulación de los impíos. Los que se habían empeñado en contender con Dios yacen derribados, los que

habían destruido su santo templo cayeron ellos con mayor estrépito, los que habían martirizado a los justos, con castigos del cielo y con tormentos apropiados, hubieron de entregar sus almas malvadas. Un poco tarde, es cierto, pero al fin con severidad y como era de justicia (6). Había ido dando largas Dios al castigo de los tales, para hacer con ellos grandes y admirables escarmientos, con los cuales los venideros aprendiesen que no hay más que un solo Dios (7), el cual es a la vez juez que sabe aplicar castigo a los impíos y perseguidores. Me pareció bien dejar testimonio escrito del fin que los mismos tuvieron, para que todos, los que habitaran en otras regiones o que después habían de vivir, tuvieran conocimiento del poder y majestad que el gran Dios despliega en arrasar y borrar el nombre de sus enemigos (8). No estará fuera de lugar si me decido a comenzar mi narración desde el principio, desde la fundación de la Iglesia, indicando quiénes fueron sus perseguidores y poniendo de manifiesto la severidad del juez celestial y las penas con que tomó venganza de ellos.

NOTAS

(1) Conocemos a este Donato únicamente a través de las repetidas alusiones de Lactancio, quien ya le había dedicado su opúsculo *De ira Dei,* y aquí le recuerda como a uno de los más esforzados confesores de la fe cristiana. Vivía en Nicomedia y tal vez habría recibido las sagradas órdenes. Durante la persecución de Diocleciano fue sometido durante nueve veces a tormento por los gobernadores Flacino, Hierocles y Prisciano. Estuvo durante seis años recluido en la cárcel, hasta el año 311 en que salió libre por efecto del edicto de tolerancia promulgado por Galerio Maximiano a la hora de su muerte. Véase más adelante cap. 34.

(2) Toda esta parte se encuenta en el códice colbertino bastante corrompida y ha sido reconstruida conjeturalmente por los críticos.

(3) Conviene recordar la distinción entre mártir (que daba su vida por la fe) y confesor (quien habiendo sufrido tortura no había perdido la vida en ellas). Véase el cap. 35 y también JERON. *Ep.* 82, n. 7.

(4) El templo de Dios es la comunidad cristiana.

(5) Estos príncipes eran Constantino y Licinio.

(6) Estos conceptos son más ampliamente desarrollados en el *De ira Dei.*

(7) Es argumentación fundamental en los escritos de Lactancio la prueba de la unicidad de Dios.

(8) Con la frase anterior nos da Lactancio la enunciación de la tesis que se propone demostrar en su libro *De mortibus persecutorum.*

II

Los discípulos del Señor se desparraman por el mundo después de su ascensión a los cielos. San Pedro y San Pablo sufren martirio en Roma por orden de Nerón, el cual muere miserablemente, dando origen su fin a las más extrañas leyendas.

En los últimos años de Tiberio César (1), como leemos escrito, nuestro Señor Jesucristo fue crucificado por los judíos el día décimo de la kalendas de abril (el 23 de marzo), siendo cónsules los dos Géminos. Habiendo resucitado al tercer día, reunió a sus discípulos, a los cuales el miedo de la prisión de su Maestro había puesto en fuga, y durante cuarenta días estuvo conviviendo con ellos, les iluminó el corazón y les interpretó las Escrituras, que hasta entonces habían estado oscuras e ininteligibles para ellos, y les preparó y adiestró para la predicación de sus dogmas y doctrinas, disponiendo de este modo la promulgación del Nuevo Testamento. Terminada esta misión le envolvió una nube, y desapareciendo a los ojos de los hombres fue arrebatado al cielo. Y desde aquel momento los discípulos, que eran doce, habiendo puesto en lugar del traidor Judas a Matías y a Pablo, se desparramaron por toda la tierra para predicar el Evangelio, conforme les había ordenado su Maestro y Señor, y durante veinticinco años, hasta los comienzos del imperio de Nerón, echaron los cimientos de la Iglesia por todas las provincias y ciudades. Gobernando ya Nerón (2), Pedro llegó a Roma, y habiendo obrado algunos milagros, que hacía con el poder recibido del mismo Dios, convirtió a muchos a la justicia (3) y levantó así a Dios un templo fiel y permanente. Llegados a oídos de Nerón tales hechos, como advirtiese que no sólo en Roma, sino que en todas partes y a diario gran muchedumbre se retiraba del culto de los ídolos y pasaba a la nueva religión detestando la antigua, como era execrable y criminal tirano (4), se decidió a destruir el celestial templo y a terminar con la justicia, y empezó persiguiendo, en primer lugar, a los siervos de Dios, clavando en una cruz a Pedro y matando con espada a Pablo (5). Pero no quedó sin castigo, pues volvió Dios sus ojos hacia la vejación de que era objeto su pueblo. Arrojado de su dignidad imperial y privado de tanta grandeza, el impotente tirano desapapareció repentinamente, sin quedar en la tierra ni rastro de la

sepultura de tan mala bestia (6). De donde algunos soñadores creen que ha sido arrebatado y guardado vivo, por decir la Sibila (7) que un matricida prófugo había de aparecer en los últimos tiempos, para que quien fue el primer perseguidor lo sea también el último y preceda a la venida del Anticristo. Y hasta se puede creer, porque al igual que algunos santos dicen que, como dos profetas (8) fueron trasladados vivos antes del reinado santo y eterno de Cristo hasta los últimos tiempos en que el Señor vuelva a la tierra, del mismo modo piensan que también habría de venir Nerón como precursor del diablo (9) y abriendo el camino del devastador de la tierra y del género humano.

NOTAS

(1) Tiberio subió al trono el año 14 de la era cristiana y murió a los 78 años, el 16 de marzo del 37. Lactancio pone en el 23 de marzo el día de la crucifixión de Cristo, en el año 29 de nuestra era, 782 de la fundación de Roma. Téngase en cuenta que nuestra era no empieza precisamente en el nacimiento del Señor, pues Dionisio el Exiguo, que hizo los cálculos, se equivocó en unos cinco años después.

(2) Nerón reinó del 54 al 68.

(3) Para Lactancio se identifican la verdadera religión con la justicia en el Cristianismo, y éste es uno de los conceptos básicos de las *Instituciones*.

(4) Lactancio no escatima los epítetos denigrantes y bajos cuando se trata de calificar a los perseguidores de la Iglesia.

(5) San Pedro debió ser crucificado el 29 de junio del 67 en el monte Janículo (San Pedro in Montorio) y colocado cabeza abajo, por no considerarse digno de ser tratado como su Maestro. San Pablo, como ciudadano romano, fue decapitado el mismo día en el lugar denominado *Tre Fontane* (cerca de la basílica de su nombre en la Vía Ostiense), por las tres fuentes que brotaron al dar tres botes su cabeza cortada.

(6) Suetonio *(De caes.* 6, 47) y Tácito *(His.* 3, 68), nos dicen expresamente que Nerón se suicidó en su villa de la vía Nomentana.

(7) Lactancio admite de buen grado y recurre con frecuencia a la autoridad de los libros sibilinos, mientras la crítica moderna considera apócrifos tales vaticinios.

(8) Estos dos profetas son Enoch, padre de Matusalén *(Gén.* 5, 24) y Elías (4 Reg. 2, 1-11). La tradición cristiana, apoyada en la Escritura, admite que estos dos profetas reaparecerán al fin del mundo y después morirán para resucitar con todos en el juicio final.

(9) El término *diabolus* era desconocido a los escritores latinos y lo tomaron del griego del Nuevo Testamento, tomando pronto el significado de enemigo de Cristo, más amplio y completo que el simple de calumniador.

III

Domiciano fue el segundo perseguidor del Cristianismo y terminó asesinado, mientras la Iglesia se iba extendiendo más que antes.

Pasados algunos años, surgió después de Nerón otro tirano no menor: Domiciano (1), quien, a pesar de su odiosa dominación, supo tener durante largo tiempo sometidas las cabezas de sus vasallos con toda seguridad hasta que levantó sus manos sacrílegas contra el Señor. Porque cuando se decidió ya, por instigación del demonio, a perseguir al pueblo justo, entonces, entregado en manos de sus enemigos, hubo de pagar sus delitos. Ni fue suficiente castigo ser asesinado en su misma casa, pues hasta el recuerdo de su nombre fue borrado (2). Habiendo levantado muchas y admirables construcciones, habiendo hecho el Capitolio (3) y otros soberbios monumentos, hasta tal punto persiguió el senado su nombre, que no dejó ni rastro de sus estatuas ni de sus inscripciones, ordenando bajo severísimas penas, que después de muerto, fuese quemado su nombre para ignomia sempiterna. Abolidos así todos los decretos del tirano (4), la Iglesia, no solamente volvió a su primitivo estado, sino que brilló con mayor claridad y resplandor, y siguiendo otros tiempos, en los que muchos y buenos príncipes (5) sostuvieron el timón y régimen del Imperio, no sufriendo ningún golpe de parte de sus enemigos, extendió sus brazos por oriente y occidente, de modo que ya no había ningún rincón de la tierra, tan remoto, a donde no hubiere penetrado la religión de Dios, ni nación alguna de tan fieras costumbres, que por no recibir el culto de Dios no se inclinase suavemente hacia las obras de santidad. Pero más tarde, tan larga paz fue rota.

NOTAS

(1) El nombre de este emperador falta en el códice, pero se suple por conjetura y por el contexto así como por el testimonio de Juvenal, Tertuliano, Ausonio, Eusebio, etc., que hacen de Domiciano un segundo Nerón y un perseguidor de los cristianos. Desde luego que de los quince años de su reinado (81-96) sólo los tres últimos, al decir de Tácito y Suetonio, fueron los más agitados y aborrecidos por la lucha del emperador con la aristocracia y por sus impuestos, debidos en parte a las guerras y en parte a la manía constructiva. Entre las víctimas de Domiciano conviene recordar a Flavio Clemente, su primo y colega en el consulado; a la mujer de éste, Flavia Domitila, la desterró, y también a San Juan Evangelista le confinó a la isla de Patmos, donde escribió la Apocalipsis.

(2) El mismo senado recibió con gran alegría la noticia de su muerte y ordenó la *damnatio memoriae*, mandando borrar su nombre de las inscripciones públicas *(Suet. De caes.* 23).

(3) Más que hacer el Capitolio se refiere a restauraciones llevadas a cabo por Domiciano después del incendio de Roma por Nerón.

(4) Entre los acuerdos de Nerva, anulando o corrigiendo los decretos de Domiciano, conviene recordar en primer término el que dio a favor de los cristianos librándolos de las persecuciones del fisco, que antes los incluía entre la clasificación de judíos y les obligaba a pagar el dracma, impuesto de capitación que abonaban éstos.

(5) La crítica moderna no puede aceptar por buena la afirmación de Lactancio sobre una larga paz para la Iglesia desde Domiciano a Decio. Las Actas de los mártires nos recuerdan no pocos períodos de recrudecimiento, con los Antoninos sobre todo.

IV

El emperador Decio vuelve a perseguir a los cristianos y fue derrotado y muerto por los bárbaros, quedando insepulto y presa de las aves de rapiña.

Después de muchos años apareció un execrable animal, Decio (1), que se propuso maltratar a la Iglesia, para ¿quién si no el perverso (2) gusta de perseguir la justicia? Y como si para este fin hubiera alcanzado la cima del poder, al momento empezó a maquinar locuras contra Dios, para al momento caer de su altura. Porque haciendo la guerra a los carpos, que habían ocupado por aquel entonces la Dacia y la Mesia, copado por los bárbaros y aniquilado con gran parte de su ejército, ni siquiera pudo hallar el honor de ser enterrado, sino que, despojado y desnudo, como correspondía a un enemigo de Dios, sirvió de festín a las fieras y a las aves.

NOTAS

(1) Este emperador reinó del 249 al 251 y murió combatiendo con los Godos, que habían invadido las provincias de la Dacia y la Mesia. De espíritu conservador, pretendió restaurar las glorias de Roma. En el campo religioso moral exigió de todos los ciudadanos una profesión de lealtad, según el culto tradicional, por lo cual fueron castigados muchos cristianos. Entre los mártires ilustres figura el papa San Fabiano. San Cipriano, obispo de Cartago, se salvó a duras penas y es buen testigo de aquellos tiempos. Los que obedecían la orden de sacrificar recibían un certificado *(libellatici)* como garantía. Se han conservado papiros egipcios que nos revelan tales documentos. Los que apostataban se llamaban *lapsi*.

(2) La Historia nos dice que el juicio de Lactancio es demasiado severo. Decio fue con todo un buen emperador, pero la tesis del autor le obliga a incluirle en el encasillado de los fieros perseguidores, que recibe muerte ejemplar.

V

Valeriano persiguió igualmente el cristianismo. Prisionero de los persas, transcurrió los últimos años en humillante esclavitud.

No mucho después (1) también Valeriano, atacado de semejante locura, intentó levantar sus manos pecadoras contra Dios y derramó mucha sangre inocente, aunque por breve tiempo. Mas a éste Dios le afligió con un nuevo y extraño género de castigo, para que sirviera a las generaciones futuras de escarmiento puesto que los enemigos de Dios siempre acaban recibiendo el pago merecido por sus crímenes. Este emperador, hecho prisionero por los persas (2), no sólo perdió el Imperio, que con tanta petulancia había ejercido, sino también la libertad, que él a otros había quitado, viviendo ya el resto de su vida en ignominiosa esclavitud. Pues el rey de los persas, Sapor, el mismo que le había apresado, si alguna vez deseaba subir a su coche o montar a caballo, ordenaba al romano que se postrase ante él y ofreciera sus espaldas, y poniendo su pie sobre las mismas le recordaba que aquélla era su verdadera situación, burlándose entre risotadas, no a la manera con que en cuadros y frisos los romanos quisieran representarle. Así hubo de vivir aquel pobre derrotado durante algún tiempo, para que el nombre romano fuera objeto de ludibrio y escarnio entre los bárbaros. Además, vino a acrecentar su pena el hecho de que, teniendo un hijo emperador, no pudo encontrar quien vengara su cautiverio y extrema esclavitud y ni siquiera se intentó su rescate (3). Por último, cuando acabó su vida miserable en medio de tanta vileza, le arrancaron la piel y la separaron de sus entrañas, y habiéndola pintado de púrpura la llevaron al templo de sus bárbaros dioses (4) y la colocaron como trofeo de su esclarecido triunfo para mostrársela a nuestros embajadores a fin de que no confiasen demasiado los romanos en sus fuerzas, viendo los restos de un príncipe prisionero entre los ex votos de sus dioses. A la vista de las penas que Dios impone a los sacrílegos, ¿no maravilla que se atrevan después algunos no ya a obrar, sino a maquinar contra la majestad del Dios único que rige y tiene sometidos a todos los seres?

NOTAS

(1) Apenas un bienio después, porque Valeriano fue emperador del 253 al 259. De origen senatorial y presidente de esta asamblea, fue colaborador y continuador de Decio. Persiguió el cristianismo especialmente en la organización y en la jerarquía. Su hijo Galieno, asociado desde los primeros años y durando hasta el 268, suspendió la persecución, que no favorecía sus miras políticas. Vid. Eusebio, *H. E.* 8, 13 y Cipriano, *ep.* 80.

(2) En 260 Valeriano, mientras marchaba contra Sapor I, rey de los persas, cayó en una emboscada y quedó prisionero. A la vez graves acontecimientos amenazaban en Occidente la unidad política del imperio, resultando sumamente difícil la situación de Galieno.

(3) Parece ser que Galieno, en vez de preocuparse por libertar a su padre, intentó más bien hacer olvidar hasta el nombre de Valeriano.

(4) Los persas, hasta época relativamente reciente, no habían empezado a construir templos. El mitraísmo (a pesar de haberse infiltrado en la misma Roma) siempre podía considerarse como una religión bárbara en comparación con la mitología clásica.

VI

Apenas había decretado los edictos de persecución Aureliano cuando fue apuñalado por sus mismos familiares.

Aureliano (1), que era de natural alocado y de índole impetuosa, aun acordándose del cautiverio de Valeriano, olvidándose empero de su pecado y de la pena correspondiente, provocó la ira de Dios con crueldades. Pero no pudo ni llevar a cabo lo que había maquinado, sino que de repente, a los mismos comienzos de su loco propósito, encontró la muerte. No habían llegado aún sus sanguinarios edictos a las más remotas provincias, cuando ya él mismo yacía por tierra en Cenofrurio (2), lugar de la Tracia, muerto por sus mismos allegados a causa de una falsa sospecha (3). Sería conveniente que los tiranos posteriores se reprimieran a la vista de tales y tantos ejemplos; mas ellos, en vez de atemorizarse, obraron todavía con mayor audacia y confianza en contra de Dios.

NOTAS

(1) Gobernó del 270 al 275 y fue un emperador relativamente bueno, defendió las fronteras, prosiguió la reorganización militar de Galieno y Claudio II y procuró la paz interior. Fue asesinado en una revuelta militar cuando marchaba contra los persas.

(2) Localidad de la Tracia (entre Heraclea y Bizancio). Su biógrafo Vopisco dice que el emperador "fue asesinado por intrigas de su secretario y por mano de Mucapor", y Aurelio Víctor "por artes de un esclavo suyo", mientras Eusebio recoge una tradición que atribuye la muerte a un rayo, como expresión de la venganza divina.

(3) Lactancio parece seguir la opinión de Aurelio Víctor, según el cual los asesinos fueron algunos oficiales de su séquito imperial, a los cuales un esclavo habría hecho creer que Aureliano trataba de deshacerse de ellos.

VII

Diocleciano oprime al pueblo con la tetrarquía y las correspondientes reformas, no logrando resolver la crisis económica, a pesar de imponer precios oficiales.

Diocleciano (1), que inventó crímenes y proyectó maldades (2), por haber trastocado todas las cosas ni siquiera pudo abstenerse de obrar contra Dios (3). La avaricia y el miedo (4) le llevaron a revolucionar el mundo entero. Porque hizo a tres más participantes de su gobierno, habiendo dividido el orbe en cuatro partes (5) y aumentando sus ejércitos hasta el punto de que cada uno de ellos llegaba a tener mayor número de soldados que tuvieron anteriormente los príncipes cuando ellos solos gobernaban toda la república. Y creció tan considerablemente el número de los que cobraban rentas sobre los contribuyentes, que llegando la enormidad de los impuestos a agotar las posibilidades de los colonos, los campos eran abandonados (6) y las tierras cultivadas se volvían salvajes. Y para que el terror llegase al colmo se hizo una nueva división de las provincias con pésimo resultado. Se empezaron por crear muchos presidentes y nuevos cargos (7) para cada una de las regiones y casi para las mismas ciudades; asimismo, muchos procuradores, fiscales y magistrados y vicarios de los prefectos. Tales autoridades rara vez se concretaban a sus funciones civiles, sino que más bien se ejercitaban en frecuentes condenas y proscripciones, se dedicaban a exigir continuos tributos por infinitos conceptos, a establecerlos de manera perpetua y a cometer vejaciones insoportables en el modo de reclamarlos. Ni eran menos intolerables los procedimientos para reclutar soldados. Además, no quería (Diocleciano), a causa de su insaciable avaricia, que el erario disminuyera por ningún motivo, y de ahí su sistema de imponer nuevas y extraordinarias contribuciones con objeto de que el depósito guardado permaneciera siempre íntegro e inviolable. Pretendió establecer una ley que fijara los precios de las mercancías (8), pues a causa de sus manejos agiotistas había sobrevenido una gran carestía. Entonces ocurrió que, por causa de cosas insignificantes y viles, se derramó mucha sangre, mas nadie demostraba miedo en tratándose de vender, y una carestía mucho peor fue creciendo hasta que la antedicha ley, después de costar la vida a muchos, fue desterrada. A esto se juntaba cierto afán infinito de

edificar con no menor carga para las provincias que debían proporcionar los obreros y artesanos, los medios de transporte y cuantos materiales y herramientas eran necesarios para construcciones de este género. Aquí, basílicas (9); allí, circos; acá, fábricas de moneda; allá, arsenales de armas; en este sitio, una casa para la esposa; en el otro, para la hija. De pronto, la mayor parte de la población ciudadana emigra. Marchaban todos con sus mujeres y sus hijos como si la urbe hubiera sido tomada por enemigos. Y cuando había terminado tales edificaciones a costa de la ruina de las provincias, decía: "No parece que se han hecho debidamente, será necesario levantarlas de otro modo". Otra vez a derribar y cambiar para que, a lo mejor, de nuevo hubiera que volver a tirarlo. Así siempre andaba metido en tales locuras, pretendiendo que Nicomedia llegase a igualar a Roma. Y paso por alto los muchos que hubieron de perecer por causa de sus riquezas y posesiones: tal procedimiento parecía corriente y hasta lícito en el modo de obrar de los malvados. Lo más admirable era que, como viese un campo mejor cultivado o un edificio de bella ornamentación, levantaba al dueño una calumnia y le imponía la pena capital, como si no pudiera arrebatar lo ajeno sin derramar sangre.

NOTAS

(1) Reinó del 285 al 305, implantando la diarquía hasta el 293, y después la tetrarquía (Diocleciano, Maximiano, Costanzo Cloro y Galerio), hasta la abdicación de los dos primeros augustos en 305.

(2) Al empezar a tratar Lactancio de este "inventor de crímenes y organizador de maldades", nos indica que los anteriores capítulos no fueron sino introducción de los que ahora siguen, y que él se complace por el presente en describir morosamente hechos vistos y vividos.

(3) Aunque al principio Diocleciano fue tolerante y parece cierto que hasta existieron suntuosas iglesias, como lo atestigua el próximo cap. 12, hasta en la misma Nicomedia, y aunque el mismo Diocleciano había ofrecido a Lactancio la cátedra de elocuencia, aquí el escritor no ve en tal emperador más que al autor de la gran persecución y proyecta todo un cuadro de sombras para hacer resaltar este hecho.

(4) Con poca imparcialidad Lactancio atribuye a afán de dinero las medidas fiscales y a cobardía los gastos militares, cuando en realidad Diocleciano era menos responsable que sus antecesores de las actuales calamidades.

(5) Diocleciano pretendía con la tetrarquía asegurar mejor la autoridad en todas las provincias y a la vez acabar con las luchas por la sucesión, pero no lo consiguió. Los dos césares (Costanzo Cloro y Maximiano Galerio), después de haber sido asociados a los dos augustos (Diocleciano y Maximiano Hercúleo), debían sucederles, escogiendo a su vez dos nuevos césares. Las cuatro partes fueron el Oriente, reservado para sí, con residencia en Nicomedia; Italia y Africa para Hercúleo, con residencia en Milán; el Ilírico y los Balcanes para Galerio, con sede en Sirmio de la Pannonia, y el resto, más allá de los Alpes (las Galias, la Britania y España), para Costanzo, con la capital en Tréveris.

(6) La presión fiscal no puede ir más allá de lo justo. Los impuestos excesivos que gravitan sobre los labradores hacen que no tenga cuenta cultivar la tierra, por llevarse el fisco todas las ganancias. Por consecuencia, el abandono de la agricultura agravó la situación.

(7) Alude Lactancio a la reforma burocrática emprendida por Diocleciano, la cual creó una completa jerarquía de funcionarios con todos sus inconvenientes. Estos eran los *rationales,* especie de contables o procuradores del fisco, siendo sus funciones parecidas a las de los *magistri (aeris)* o magistrados. Los *vicarii praefectorum* no han sido perfectamente identificados y parece eran como jueces o suplentes a las órdenes de los presidentes de las nuevas circunscripciones, que, como se sabe, constaban de prefecturas, diócesis y provincias.

(8) Esta ley no dio resultado alguno, porque una crisis económica no se puede resolver mediante un decreto. El edicto apareció en 301. Después de señalar las razones de utilidad pública que obligaban a una tal medida, seguía una lista con los precios en dinero y después las sanciones: pena de muerte a quien vendiese a precios más elevados, a los acaparadores que ocultaban las mercancías, etc. Por último se justificaba tal rigor con la gravedad de la situación.

(9) Se refiere a las basílicas paganas o salas para administrar justicia, lonjas de contratación, etc.

VIII

Retrato de Maximiano Hercúleo, que fue asociado como augusto al poder por Diocleciano.

¿Pues qué decir de su hermano (1) Maximiano, llamado el Hercúleo? (2). No le era desemejante, ni hubieran podido estrecharse en una amistad tan fiel si no hubieran tenido un mismo pensar, una misma intención, igual voluntad e idéntico sistema. En esto diferían, en que uno era más avaro, pero de ánimo más apocado, de mayor timidez; en el otro, la avaricia era menor, mas de mayor resolución, no para lo bueno, sino para lo malo. Pues estando en posesión de la sede el Imperio que se encontraba en Italia, y estándole además sometidas las riquísimas provincias ya de Africa ya de España (3), no se mostraba muy diligente en conservar semejantes tesoros, creyendo que tenía sobradas riquezas. Mas si se veía en apuro, no le faltarían acaudalados senadores que, mediante testigos falsos, se les acusase de aspirar al Imperio, tanto que iban apagándose con demasiada frecuencia las lumbreras del Senado. El erario público rebosa, por estos procedimientos, de riquezas mal adquiridas. Nada digamos de la lujuria pestífera de este hombre, no sólo para corromper a los jóvenes, lo cual es repugnante y detestable, sino que llegaba hasta violar las hijas de las personas principales. Pues por donde iba de viaje quería tener siempre a su disposición a las doncellas arrancadas de los brazos de sus padres. Con tales hazañas se consideraba dichoso y creía la suma felicidad de su imperio si no negaba nada a liviandad y concupiscencia. Paso por alto a Costanzo, porque fue muy distinto de los demás y el único digno de haber gobernado el mundo.

NOTAS

(1) No era hermano de Diocleciano, pero es llamado así por haberle asociado éste al poder, y como veremos, eran llamados hijos de los augustos los césares elegidos para sus sucesores.

(2) Diocleciano se llamó a sí mismo Jóveo y Maximiano Hercúleo. Tal circunstancia puede relacionarse con la nueva concepción político-religiosa del imperio.

(3) España pertenecía al césar Costanzo; pero como éste estaba a las órdenes del augusto, por eso puede decir Lactancio indistintamente Africa o España, refiriéndose al Hercúleo.

IX

Perversas cualidades de Galerio Máximo, elevado a César por el emperador Diocleciano.

El otro Maximiano (1), a quien Diocleciano había elegido por yerno, no sólo fue peor que estos dos, a quienes hubimos de soportar en nuestros días, sino que superó a todos los tiranos que han existido. A semejante bestia le era connatural la barbarie y ferocidad, tan ajena a la sangre romana. No es extraño, pues su madre era transdanuviana, y al invadir los carpos la Dacia (2) nueva se había refugiado en la parte de acá del río. Su cuerpo era compatible con sus costumbres, de gran estatura, de muchas carnes, abundantes y desproporcionadas en su horrenda monstruosidad. Finalmente, a todos asustaba con sus palabras y acciones y hasta con su presencia. Su mismo suegro le temía no poco. Y la causa fue la siguiente: Narsés, rey de los persas, animado con el ejemplo de su abuelo Sapor, pretendía ocupar el Oriente con un gran ejército. Entonces Diocleciano, como temía los grandes tumultos por ser de ánimo apocado y acordándose al mismo tiempo del ejemplo de Valeriano, no se atrevió a salir al encuentro de los persas, sino que mandó a Maximiano por Armenia, quedándose él en Oriente, esperando los acontecimientos. Maximiano, usando de estratagemas, no le fue difícil vencer a los bárbaros, que acostumbran a salir a campaña con todas sus cosas, entorpecidos por la muchedumbre y cargados con los bagajes. Habiendo hecho huir al rey Narsés, volvió con mucho botín y dinero, llenándose él de soberbia y Diocleciano de temor. Y a tanta llegó su hinchazón después de esta victoria, que ya tenía en poco el nombre de César. Y sintiéndose llamar de esta manera en unas cartas que recibió, con feo semblante y terrible voz exclamó: "¿Hasta cuándo voy a ser César?" Desde entonces empezó a obrar con enorme insolencia, hasta querer ser tenido y considerado por hijo de Marte, como otro Rómulo, pretendiendo que se echase sobre su madre Rómula la infamia del estupor con tal de ser tenido él por descendiente de dioses. Pero no quiero hablar ahora de sus hechos para no confundir los acontecimientos. Mas cuando ya hubo conseguido el tratamiento de emperador (3), desentendiéndose de su suegro, entonces fue cuando se entregó a

las mayores locuras, despreciando a todos. Diocles —pues así se llamaba antes del imperio—, aun habiendo trastornado la república con tales procedimientos y con tales compañeros, a pesar de merecer tanto por sus mismos crímenes, reinó empero sumamente feliz, mientras supo mantener limpias sus manos de sangre de los justos. Mas cuál fuese la causa de perseguir a los cristianos la expondré ahora.

NOTAS

(1) Este es Galerio Maximiano, para distinguirle del Hercúleo. Diocleciano le dio por esposa su hija Valeria.

(2) La Dacia, comprendida entre el río Tisia, a la izquierda del Danubio, y los Cárpatos, había sido sometida por Trajano; pero 170 años después, en tiempos de Aureliano, había sido prácticamente abandonada a los Godos, replegándose los colonos romanos a la derecha del danubio, y desde entonces se llamó Dacia aureliana o nueva. La madre de Galerio pertenecía a la población refugiada en la orilla derecha del Danubio.

(3) Entiéndase la dignidad de augusto, de la cual fue investido cuando logró hacer abdicar a su suegro.

X

Incidentes entre paganos y cristianos como preludio de la gran persecución.

Estando en Oriente, y gustando por supersticioso temor averiguar los sucesos futuros, inmolaba animales y pretendía ver el porvenir en las entrañas de las víctimas. Entonces algunos de los asistentes que creían en Dios y asistían a la inmolación, hicieron sobre sus frentes el signo inmortal (1), y ante este hecho los demonios huyeron y el sacrificio quedó turbado. Andaban atolondrados los arúspices y no veían en las entrañas los acostumbrados indicios, y como si no hubieran ofrecido, volvían a inmolar. Mas vueltas a matar otras bestias nada indicaban, hasta que el jefe de los arúspices, Tages, bien por sospecha o bien porque lo hubiera visto, dice que preciosamente no responden los ritos, porque hombres profanos (2) asisten a las ceremonias divinas. Entonces Diocleciano, ciego de ira, ordena que sacrifiquen no sólo los que estaban presentes al culto, sino todos los que estaban en el palacio, y si se negasen, serían castigados con azotes, y dando orden por escrito a los jefes militares, manda que también los soldados sean obligados a tan nefandos sacrificios, y los que no obedeciesen fueran licenciados de la milicia; hasta aquí llegó su ira y furor, y por entonces no hizo más contra las leyes y la religión de Dios. Después, habiendo pasado algún tiempo, vino a Bitinia (3) a pasar el invierno, y allí llegó también Maximiano, ya César, ansioso de hacer mal y dispuesto a perseguir a los cristianos, instigando para ello a un anciano falto de juicio, que ya había dado los primeros pasos. La causa de su furor fue la siguiente, según yo he podido saber.

NOTAS

(1) La señal de la cruz.
(2) Personas aun no iniciadas en los sagrados misterios, las cuales, como quiere decir su misma etimología, debían quedar fuera del recinto sagrado.
(3) Nicomedia, que era la capital de Bitinia y residencia de Diocleciano.

XI

Galerio, instigado también por su madre, anima a Diocleciano a perseguir a los cristianos.

Era su madre adoradora de los dioses de los montes (1), mujer en extremo superticiosa (2). La cual, estando en Nicomedia (3) casi a diario, ofrecía sacrificios y daba a sus vecinos para que participasen del banquete sagrado. Los cristianos se abstenían de tales comidas, y mientras ella banqueteaba con los gentiles, ellos persistían en sus ayunos y oraciones. Por este motivo concibió animosidad contra los cristianos y azuzó a su hijo, no menos supersticioso que ella, con hablillas mujeriles para que se decidiera a acabar con tales hombres. Así tuvo con Diocleciano durante todo el invierno consultas (4), a las cuales nadie era admitido, creyendo todos se estarían tratando los más importantes asuntos de estado; mas el anciano no estaba por acceder a semejante locura, pareciéndole que sería sumamente perjudicial soliviantar todo el orbe y derramar la sangre de tantas personas. Que los cristianos acostumbraban a morir hasta con gusto, que bastante sería prohibir que los palaciegos (5) y soldados perteneciesen a tal religión. Mas no pudo convencer del todo la locura de hombre tan decidido. Optó, pues, por escuchar el parecer de los amigos. Porque llegaba a tanto su malicia, que cuando determinaba hacer una cosa buena, la hacía sin oír consejos, para que todo redundase en alabanza propia; pero cuando se trataba de algo malo, porque sabía habría de suscitar críticas, entonces llamaba muchos a consulta, para que echasen la culpa a ellos, siendo él el culpable. Convocados algunos jueces y oficiales del Ejército, se les iba pidiendo parecer conforme a su dignidad. Algunos, dejándose llevar de su odio contra los cristianos, juzgaron que se les debía exterminar como a enemigos de los dioses y de su religión, y los mismos que opinaban otra cosa, conociendo de antemano el pensamiento del emperador, o ya por temor, o ya por hacer méritos, estuvieron de acuerdo con la misma sentencia. Pero ni aun así se doblegó Diocleciano para decidirse a obrar, sino que juzgó lo mejor consultar a los dioses y envió un arúspice a Apolo Milesio (6). Este respondió como enemigo de la religión divina. Fue arrastrado finalmente de su propósito, y ya que no podía oponerse ni a sus amigos, ni al César, ni

a Apolo, se esforzó en guardar moderación y en que semejante asunto pudiese llevarse a cabo sin derramamiento de sangre, aun cuando pretendía el César que fueran quemados vivos los que se negasen a sacrificar.

NOTAS

(1) La madre de Galerio, Rómula, adoraba los dioses de los montes, es decir, Cibeles y Diana.

(2) Para los escritores cristianos, los paganos celosos de su religión eran llamados supersticiosos.

(3) El códice, dice el lugar, que desde luego debía ser Nicomedia, por todo el contexto.

(4) Que Galerio tuviera durante todo el invierno deliberaciones con Diocleciano, parece exagerado. Más bien debe querer expresarse el intervalo de tiempo que medió entre la persecución militar y la general.

(5) Estos palaciegos debían ser los funcionarios civiles, que según la concepción político-religiosa de Diocleciano, era bastante que ellos y el Ejército mantuvieran su fidelidad pagana al imperio.

(6) La respuesta del oráculo de Apolo, en tal materia, se tenía descontada. El templo de Apolo se levantaba en Dídima, cerca de Mileto (Asia Menor).

XII

Empieza la gran persecución con la destrucción de la iglesia de Nicomedia.

Se busca, para llevar a cabo este negocio, un día apto y oportuno (1), y se considera el mejor las fiestas Terminales (2), que ocurren el día séptimo de las calendas de marzo, para que sean como el término de tal religión.

"Aquel día fue el primero de las muertes, el primero de los males fue la causa" (3):
que a los cristianos y al mundo entero sobrevinieron. Al amanecer este día, ejerciendo el consulado dos ancianos: uno, la octava, y el otro, la séptima vez (4); de pronto, cuando todavía era entre dos luces, el prefecto, con los oficiales, tribunos y alguaciles, se presentó en la iglesia. Después de descerrajar las puertas buscan el simulacro de Dios (5), queman los libros sagrados que hallaron, reparten entre todos el ajuar, roban, se agitan, van de acá para allá. Los emperadores, desde un observatorio, pues estando edificada en una altura la iglesia, se veía muy bien desde el palacio, estuvieron tratando mucho tiempo entre ellos si convendría mejor pegarle fuego. Prevaleció el parecer de Diocleciano, quien temía se quemase parte de la ciudad al provocar un tan gran incendio, porque el templo estaba rodeado de casas, y algunas, magníficas, por todas partes. Por último llegaron los pretorianos en perfecta formación (6), armados de hachas y de otras herramientas, y abalanzándose sobre el edificio aquel por todos los sitios, en pocas horas lo arrasaron hasta el suelo.

NOTAS

(1) Por tratarse de una empresa de importancia había que iniciarla en un día que fuera fausto, según la mentalidad pagana clásica, que distinguía los días en fastos y nefastos.

(2) Las fiestas del dios Término (dios de los confines o linderos) se celebraban el 23 de febrero y se colocaban con tal ocasión coronas y tortas de harina junto a las piedras o mojones de las lindes.

(3) Cita de Virgilio, Eneida, 4, 169.

(4) En el año 303 los dos viejos augustos ejercían el consulado por octava y séptima vez Diocleciano y Maximiano, respectivamente. Lactancio cita por el año consular, conforme era costumbre.

(5) Según su mentalidad pagana buscaban la estatua o simulacro del dios cristiano, como si tal imagen fuese el objeto principal del culto.

(6) Tal despliegue de funcionarios primero y de fuerza después, denota que quiso revestirse de gran solemnidad la demolición de la iglesia de Nicomedia, como para inaugurar oficialmente la persecución general.

XIII

Diocleciano publica su edicto de persecución. Un cristiano destruye un ejemplar y se le da una muerte entre torturas.

Al día siguiente (1) se expuso un edicto ordenando que los pertenecientes a aquella religión carecerían de todo honor y dignidad (2), estarían sujetos a los tormentos, de cualquier orden o graduación de donde procediesen, y contra ellos sería valedera cualquiera actuación, negándoseles el derecho a reclamar por injuria, adulterio o robo y considerándoseles privados de libertad y voz. Este edicto cierto cristiano (3), si no con prudencia, al menos con gran valentía, lo arrebató e hizo pedazos, burlándose de que se hablase en el mismo de las victorias de los Godos y Sármatas (4). Al momento fue prendido y no sólo fue atormentado, sino más bien concienzudamente asado en medio de una admirable paciencia, hasta que por último murió en el fuego.

NOTAS

(1) Al día siguiente, es decir, el 24 de febrero del 303. La fecha varía algo en Eusebio y en la Crónica alejandrina; pero la diferencia de unos días puede explicarse por la sucesiva publicación del edicto en ciudades alejadas de la residencia imperial y distintas para los que nos han transmitido la noticia.

(2) Lactancio hace un resumen del edicto que dejaba a los cristianos privados de todos los derechos y expuestos a todas las injuridas de robos, adulterios, violencias, etc., sin que la ley pudiera defenderlos.

(3) Lactancio no aprueba el acto de aquel cristiano, que obró arrebatado del celo, pero con poca prudencia, pues su acción sólo podía exacerbar más a los perseguidores. Tertuliano, empero, lo hubiera alabado. Eusebio nos dice que aquel cristiano era persona principal por su nacimiento y posición.

(4) La alusión no podía ser más sarcástica: no eran capaces de vencer a los bárbaros y despliegan todo su poder en perseguir a indefensos cristianos, que eran buenos patriotas.

XIV

XIV. Para incitar más a Diocleciano contra los cristianos, Galerio pretende hacer recaer sobre ellos la acusación de incendiarios.

Pero el César no estaba contento con las disposiciones del edicto y se dispone a atacar a Diocleciano por otro capítulo. Pues para arrastrarle a que decretase una cruel persecución, puso fuego al palacio (1) por medio de criados escondidos, y habiendo ardido parte del edificio, los cristianos eran acusados de enemigos públicos, y entre el odio general, ardía el nombre cristiano junto con el palacio. Se les achacaba de haber tramado una conspiración con los eunucos para acabar con los príncipes, y que, desde luego, los dos emperadores, vivos y todo, casi se habían abrasado en su misma casa. Diocleciano, entre tanto, que siempre gustaba de aparecer astuto e inteligente (2), nada pudo sospechar, sino que, inflamado en ira, empezó al instante a dar tormento a los suyos. Se sentaba e iba tostando al fuego a los inocentes. Otro tanto hacían todos los jueces y todos los magistrados que vivían en el palacio, pues recibieron facultades para aplicar la tortura. Andaban forcejeando por ver quién podía hallar primero alguna pista; pero nunca encontraban nada, pues a nadie se le ocurría atormentar la servidumbre del César. El, en persona, se hallaba presente y azuzaba, no pudiendo consentir que le venciera en enojo un anciano enfurecido. Mas a los quince días volvió a maquinar otro incendio, y, aunque fue localizado más pronto, el autor no apareció. Entonces el César, que tenía preparada su marcha en medio del invierno, se fue aquel mismo día, asegurando que prefería huir a ser quemado vivo.

NOTAS

(1) Eusebio no hace referencia a este hecho. Bien pudo ser incendio. Se pudo dar una interpretación malintencionada al hecho, imperial tal vez no fuera tan perfecto como para impedir algún incendio. Se pudo dar una interpretación malintencionada al hecho, como en el incendio de Roma por Nerón, y el mismo Lactancio recoger este rumor, como interpretación de los hechos.

(2) Nótese ya cómo Lactancio busca todas las expresiones que puedan presentar a Diocleciano como digno de desprecio y juguete de los manejos de Galerio.

XV

Crueldad de la persecución contra los cristianos

Entre tanto, el emperador se enfurecía, no sólo contra los de su casa, sino contra todos. Y en primer lugar obligó a mancharse con ofrendas sacrificales a su hija Valeria y a su esposa, Prisca. Los más poderosos eunucos (1) fueron matados, los cuales, en otro tiempo, llevaban el peso del palacio y el mismo emperador ponía en ellos su confianza. Asimismo, muchos ancianos y ministros, sin ninguna prueba (2) y sin admitirles declaración, fueron condenados con todos los suyos. Personas de todo sexo y edad eran llevadas al fuego, mas no uno a uno, por ser tanta la muchedumbre, sino gregariamente se les quemaba, poniendo fuego alrededor. A los criados, atándoles al cuello ruedas de molino, se les arrojaba al mar. Y la persecución contra el resto del pueblo no fue menor en violencia, porque fueron distribuidos jueces por todos los templos para obligar a todos a sacrificar (3). Las cárceles estaban llenas, se discurrían los más inauditos géneros de tormentos, y para que nadie pudiera defender inconsiderablemente su derecho, se colocaron aras en las mismas salas de justicia en el lugar de los tribunales, para que los litigantes sacrificasen primero y después defendiesen sus causas. Acercarse, pues, a los juzgados, equivalía a ir a los templos de los ídolos. Se les enviaron igualmente órdenes a Maximiano y a Costanzo para que hiciesen lo mismo, a pesar de que su parecer, en asunto de tanta trascendencia, no había sido requerido. Y, desde luego, el anciano Maximiano accedió gustosamente en toda Italia, pues no era muy dado a clemencia. Y el mismo Costanzo, con objeto de no aparecer como si disentiera de los preceptos de los mayores, permitió que se destruyeran los lugares de reunión de los cristianos, que al fin son paredes que podían volver a levantarse, mas el templo de Dios, que está dentro de los hombres, lo conservó incólume.

NOTAS

(1) Entre estos eunucos tal vez haya que colocar a Pedro, Doroteo, Gorgonio y otros, mencionados por Eusebio en su *H. E.* 8, 6.

(2) No se olvide que el delito de cristiano, por su misma naturaleza, excluía gran parte de los procedimientos judiciales normales y que la mejor prueba consistía en la declaración del procesado.

(3) Este sistema parece el mismo que el empleado por Decio, exigiendo el sacrificio individual a los dioses como acto de lealtad política, con lo que resultaba mucho más difícil evadirse a la persecución, ya que se prescinde de la acusación de cristiano.

XVI

Heroica actitud del cristiano Donato durante los largos años de la persecución.

Era vejada toda la tierra, y a excepción de las Galias (1), del oriente hasta el ocaso, las tres despiadadas bestias cometían toda clase de atrocidades.

No podría yo aunque tuviera cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro abarcar todas las suertes de crímenes y reseñar todos los nombres de los suplicios (2),

que los jueces, por las varias provincias, infirieron a los justos e inocentes. ¿Mas qué necesidad hay de contarte estas cosas, sobre todo a ti, Donato carísimo (3), que por encima de todos hubiste de experimentar la borrasca de la procelosa persecución? Pues habiendo caído en las manos del prefecto Flácino, no pequeño asesino, y después en las de Hierocles (4), convertido de vicario en presidente, que fue el fautor y principal consejero de la persecución, y, finalmente, en las de Prisciliano (5), su sucesor, diste a todos pruebas de una invencible fortaleza. Habiendo sido sometido durante nueve veces a los tormentos y torturas, nueve veces venciste al perseguidor con tu gloriosa confesión, nueve victorias reportaste del diablo y de sus satélites, con nueve triunfos saliste vencedor del siglo y de sus terrores. ¡Qué agradable espectáculo debió ser para Dios contemplarte victorioso, no entre blancos caballos e imponentes elefantes (6), sino teniendo subyugados a tu carro, sobre todo, a los mismos triunfadores! Este es el verdadero triunfo: cuando los dominadores son dominados. Vencidos fueron y sometidos por tu valor al tiempo en que, despreciando las órdenes infames, desbarataste todo el aparato y fantasmagorías del tiránico poder con una fe firme y un ánimo esforzado. Nada pudieron conseguir de ti los azotes, nada los garfios, ni el fuego, ni el hierro, ni los infinitos modos de dar tormento. Ninguna fuerza fue bastante poderosa para arrebatarte la fe y la devoción. Esto es ser discípulo de Dios, esto es ser soldado de Cristo, a quien ningún enemigo podrá vencer, ningún lobo arrebatar de los campamentos celestiales, ningún lazo cazarle, ningún dolor vencerle, ningún suplicio afligirle. Por último, después de las nueve gloriosísimas batallas en las cuales venciste al diablo, éste no se atrevió más a pelear contigo, que había probado en tantas

luchas no poder superarte. Y sabiendo que te estaba reservada la corona del triunfo, dejó de provocarte más, para que no pudieras alcanzarla; mas aunque no la hayas conseguido por el momento, sin embargo, la tienen guardada en el reino del Señor como premio a tus virtudes y méritos. Mas volvamos al orden de los acontecimientos.

NOTAS

(1) No parece esto exacto del todo, si hemos de creer al Martirologio *"pridie nonas octobris"* y a Eusebio, al final de su escrito sobre los mártires palestinenses. Lactancio busca todas las ocasiones para disculpar a Costanzo, padre de Constantino, a quien libra del epíteto de bestia que aplica a los otros tres.

(2) Cita de Virgilio, Eneida, 6, 625-627.

(3) Puede creerse fácilmente que este Donato, a quien Lactancio dedica su libro, fuera personaje de categoría cuando tanto tiempo le tuvieron preso con miras a su apostasía y no se atrevieron a darle muerte, cuando con tan pocos miramientos procedían con los demás.

(4) Tal vez pueda identificarse este Hierocles con aquel adversario del cristianismo a que hace referencia Lactancio en las *Inst.* 5, 2 y 3. Fue gobernador *(vicarius)* de Palmira y después prefecto de Bitinia. Publicó un libro contra los cristianos titulado "El amigo de la verdad".

(5) Es recordado como presidente de la Bitinia y perseguidor refinado por el mismo Martirologio romano *pridie Idus Iunias.*

(6) Los generales romanos victoriosos acostumbraban el día de su triunfo en Roma a ir montados en una carroza tirada por blancos caballos. En la época imperial se introdujo la costumbre oriental de que imponentes elefantes sustituyesen a los caballos. Donato podía ver postrados ante sí el día de su triunfo, no a caballos y elefantes, sino a los mismos emperadores castigados por Dios.

XVII

Diocleciano, después de haber asistido en Roma a las fiestas de su vigésimo aniversario, vuelve a Nicomedia enfermo.

Habiendo llevado adelante la perpetración de su crimen, Diocleciano, de quien ya la felicidad se había retirado, marchó al momento a Roma, para celebrar allí su vigésimo aniversario, que había de ocurrir el día duodécimo de las calendas de diciembre (1). Y después de celebrar semejante solemnidad, no pudiendo soportar la procacidad del pueblo romano (2), impaciente y de mal humor, salió de la ciudad, encima ya las calendas de enero, en las cuales le correspondía tomar el noveno consulado (3). Mas no pudo aguantar trece días para ser nombrado cónsul en Rávena mejor que en Roma, y saliendo en lo más crudo del invierno, azotado por el frío y las lluvias, contrajo una ligera, pero pertinaz enfermedad (4), y sintiéndose molesto, era llevado la mayor parte del camino en litera. Así pasó hasta el verano, dando la vuelta por la costa de Histria (5) hasta llegar a Nicomedia, cuando ya la enfermedad le atacaba más. Viéndose angustiado por la misma, todavía quiso que le condujeran para asistir a la inauguración del circo que había mandado construir en recuerdo de su vigésimo aniversario. A todo esto, hasta tal punto se sintió oprimido por su dolencia, que se hacían rogativas a todos los dioses por su salud, hasta que en los idus de diciembre (6) de pronto todo fueron llantos en el palacio, tristeza y lágrimas de los jueces, desorientación y silencio por toda la ciudad. Ya no sólo le tenían por muerto, sino que se decía le habían incluso sepultado, cuando otra vez, al día siguiente, de mañana, se empezó a susurrar que vivía, cambiándose con tal motivo en contento las caras de los criados y jueces. No faltaron quienes aseguraban que se ocultaba su muerte hasta que el César viniese, para evitar cualquier revuelta o novedad por parte de los soldados. Semejante sospecha prevaleció de tal forma que ya nadie creía que viviese de no haberse mostrado en público en las calendas de marzo (7), y, aunque estaba desconocido, como después de haberse pasado todo un año enfermo. Y si bien en los idus de diciembre, después de quedar como muerto volvió a recuperar sus facultades, pero no del todo, pues quedó como demente y a ratos parecía que enloquecía y durante otros momentos volvía a su cordura (8).

NOTAS

(1) El 20 de noviembre del 303. Era costumbre celebrar con grandes fiestas tal acontecimiento, tanto más que no era frecuente en los anales imperiales poder conmemorar tales aniversarios.

(2) El pueblo romano se atribuía el derecho de poder decir a sus generales victoriosos y luego a sus emperadores en las circunstancias más solemnes, todo lo que se le ocurriera.

(3) El consulado se había reducido a una pura dignidad honorífica, no siendo ni sombra del pasado. Los emperadores disponían para sí o para sus deudos de tal cargo.

(4) Con tan ligeras indicaciones es imposible averiguar la especie de enfermedad. Tal vez fuera algún catarro gripal que se fue complicando por las molestias del viaje.

(5) Tal vez dicho itinerario era menos escabroso y más abrigado por la proximidad de la costa adriática.

(6) El 13 de diciembre.

(7) El 1 de marzo.

(8) Más que de verdadera demencia debe entenderse de pérdida o aminoramiento de sus facultades, como lo demuestra el capítulo siguiente.

XVIII

Galerio consigue audazmente la renuncia de Diocleciano y del otro augusto.

No muchos días después vino el César (1), no a felicitarle como a padre, sino a obligarle a que abdicara el imperio. Ya había tenido recientemente cuestión por este mismo asunto con Maximiano, y como anciano le había atemorizado con la amenaza de la guerra civil. Acometió (2), por tanto, a Diocleciano primeramente con suavidad y amigablemente, diciéndole que ya era anciano, que empezaba por tener menos fuerzas y volverse impotente para administrar la cosa pública, que debía descansar de tantos trabajos. A la vez le puso delante el ejemplo de Nerva (3), que había cedido el imperio a Trajano. Pero él decía que resultaba indecoroso si después de una tan sublime gloria por la grandeza de su cargo se veía reducido a la oscuridad de una vida humilde y, además, resultaba inseguro, porque en tan largos años de gobierno es natural que hubiese concitado contra sí los odios de algunas personas. Que el caso de Nerva era distinto, pues no habiendo imperado más que un año, al no poder sobrellevar el peso de tantas obligaciones por su edad o por no estar acostumbrado, había abdicado el mando de la república y vuéltose a la vida privada, en la cual envejeció. Mas si lo que pretendía era alcanzar el título de emperador (4), no encontraba dificultad en que todos se denominasen Augustos. Pero él (Galerio), que se había hecho ya amo del mundo en sus locas esperanzas, viendo que solamente el nombre o poco más era lo que iba a conseguir, respondió que debía guardarse su disposición, y esto para siempre, de que hubiera en la república dos mayores, que entendieran en todos los asuntos principales, a su vez dos menores que les sirvieran de ayuda, porque entre dos es fácil guardar buena armonía, pero entre cuatro con iguales atribuciones, de ninguna manera. Si él (Diocleciano) no quería ceder, ya sabía lo que tenía que hacer para no ser por más tiempo el menor y relegado al último lugar. Ya habían pasado quince años desde que fue destinado al Ilírico, es decir, a la orilla del Danubio, para estar luchando continuamente con gentes bárbaras, mientras los demás gobernaban estupendamente en tierras más extensas y tranquilas. Después de oír tales cosas el débil anciano, que ya había recibido cartas del